



QUERIDA AMIGA,
DESDE MI VIDA TE
ESCRIBO A TU VIDA

Yiyun Li

QUERIDA AMIGA,
DESDE MI VIDA TE
ESCRIBO A TU VIDA

Traducción de VIRGINIA HIGA

Li, Yiyun

Título original:

*Dear friend, from my life I write to
you in your life*

© Del texto, Yiyun Li, 2017

© De esta edición, Chai Editora, 2024

© De la traducción, Virginia Higa,
2024

Diseño de tapa
Ese Estudio

Foto de tapa
Jazmín Rivero

Corrección
Juan Nadalini y Anna Ferrer

Diseño de identidad y colección:
Lamas Burgariotti

Primera edición
Marzo 2024

ISBN: 978-84-127636-3-8

Depósito legal: M-2364-2024

Impreso en Artes Gráficas Cofás

www.chaieditora.com



No hay escalera para salir de ningún mundo; los mundos no
tienen bordes.

Amy Leach, *Things That Are*

A ella siempre le había gustado despertar a la gente dormida; en
efecto, salvo matar o dar a luz, es la alteración más grande que
podemos hacer en el estado del prójimo.

Rebecca West, *This Real Night*

1

Mi primer encuentro con el *antes y después* fue en una de esas revistas de moda a las que mis amigas me dijeron que me suscribiera cuando llegué a Estados Unidos. Seguí su consejo diligentemente: en ese entonces sentía por Estados Unidos una fascinación antropológica. Nunca antes había visto una revista así, y la calidad de la impresión y el papel, por no hablar del tesoro oculto de los perfumes de regalo que esperaban ser abiertos, me hizo pensar en cómo funcionaba la economía de la revista, dado que el ejemplar no me había costado más de un dólar.

Mi columna favorita era la de la última página, que mostraba cambios de imagen de famosos —cambios de peinado y de color de pelo, por ejemplo— con dos burbujas que representaban el antes y el después. En general yo no tenía opinión acerca de esas transformaciones, pero me gustaba lo definitivo de la frase, *antes y después*, sin nada que estorbara en el medio.

Después de varios años de vivir en Estados Unidos todavía siento una euforia momentánea cada vez que veo anuncios de programas para perder peso, tiras blanqueadoras de dientes, tratamientos para la caída del pelo o cirugías plásticas con sus efectos contrastados y dispuestos en formato *antes y después*. La certeza de esa declaración —para cada situación desafortunada o inapropiada hay una solución que hará que deje de serlo— a la vez me atrae y me desconcierta. Parece decir que la vida se puede reiniciar, que el tiempo se puede separar. Pero esa lógica se me hace tan improbable como viajar a otro lugar para convertirse en una persona diferente. Un cambio de escenario es como mucho una distracción o un contexto nuevo para viejos hábitos. Lo que una lleva de un punto a otro, ya sea geográfico o temporal, es a una misma. Incluso la persona más inconstante es constantemente ella misma.

2

Estaba saliendo a dar clases cuando una conocida que vivía en la otra punta del país, en New Hampshire, me llamó a mi despacho. Estaba de viaje en una ciudad cercana. No hablé con ella más de dos minutos antes de pedirle a mi marido que fuera a buscarla. Pasó doce horas con ella, le canceló las citas de negocios y se aseguró de que se tomara un avión para volver a casa. Dos semanas más tarde, su marido llamó para decir que un domingo a la tarde se había tirado por la ventana de su oficina. Me pidió que asistiera a su funeral. Lo pensé mucho y decidí que no iba a ir.

Nuestros recuerdos dicen más del ahora que del antes. No hay duda de que el pasado es real. No faltan las pruebas: fotos, diarios, cartas y maletas viejas. Pero de esa cantidad de pruebas elegimos y eliminamos lo que nos conviene más en el presente. Hay muchas maneras de llevar el pasado con nosotros: romantizarlo, invalidarlo, llenarlo de recuerdos corregidos o totalmente ficcionalizados. El presente no se rinde con facilidad a la manipulación.

No quiero que el presente juzgue el pasado, de modo que no quiero reflexionar sobre mi ausencia en su funeral. Habíamos llegado a este país más o menos al mismo tiempo. Cuando le conté que iba a dejar la ciencia para convertirme en escritora, ella mostró curiosidad, pero su marido dijo que era un grave error. ¿Por qué te quieres complicar la vida?, preguntó.

3

He tenido una relación problemática con el tiempo. No puedo confiar en el pasado porque podría estar teñido por mi memoria. El futuro es hipotético y debe tratarse con cuidado. El presente...

¿Qué es el presente sino una prueba constante?: en este entremedio confuso, una lucha por comprender lo que hay que cambiar de una misma, lo que hay que aceptar y lo que hay que conservar. A menos que se actúe de la manera correcta, pareciera que una nunca pasa la prueba para llegar al después.

4

Tras mi segunda estancia en el hospital después de un período difícil, entré a un programa para personas cuyas vidas se habían desmoronado. Solía pasar que alguien decía —llorando, temblando o sin lágrimas en los ojos— que él o ella quería tirar el tiempo hacia atrás y arreglar las cosas.

Yo también deseaba que la vida se reiniciara, pero ¿desde qué punto? En cada uno podía retroceder a uno anterior: señales de alerta desestimadas, errores que se iban sumando... era inútil, ya que muchas veces terminaba con el deseo violento de nunca haber nacido.

La mayor parte del tiempo me quedaba callada hasta que me dijeron que era evasiva y que no estaba haciendo ningún progreso. Pero mi dolor es asunto mío, pensé, si pudiera entender y articular mis problemas lo cierto es que no estaría aquí.

¿Hay algo que quieras compartir?, me preguntaban, pero yo tenía poco para ofrecer. En ese entonces sentía que mis esperanzas se habían agotado. Veía la puerta giratoria que recibía a la gente nueva y dejaba salir al mundo a la gente vieja; se contaban historias parecidas con el mismo remordimiento y la misma angustia, las charlas ya iban por su tercera repetición. ¿Y si yo me había quedado atascada para siempre en esa sala del subsuelo? Me rompí y percibí un suspiro colectivo: mis lágrimas parecían demostrar que al fin tenía intención de cooperar.

Solo había querido ser invisible, pero ahí, como en todas partes, la invisibilidad era un lujo.

5

Toda la vida me han preguntado: ¿Qué ocultas? No sé qué oculto, y cuanto más trato de negarlo, menos confiable me encuentra la gente. Cuando teníamos invitados, mi madre solía hacer comentarios sobre mi reserva. La mujer a cargo de la admisión en la piscina pública muchas veces me enfrentaba y me preguntaba qué le estaba ocultando. Nada, decía yo, y ella decía que podía ver en mis ojos que le estaba mintiendo.

La reticencia es un estado natural. No es ocultar. La gente no se muestra de igual manera y con la misma facilidad a todo el mundo. La reticencia no hace que una se sienta sola como cuando oculta algo, sin embargo aleja e invalida a los demás.

6

En China hay cinco zonas horarias, pero la nación usa una hora unificada, la de Pekín. Cuando cambia la hora, todas las emisoras de radio hacen sonar seis pitidos y un anuncio solemne: “Con el último pitido son las siete en punto, hora de Pekín”. Ese recuerdo es confiable porque no me pertenece a mí sino a varias generaciones de personas chinas, a millones de nosotros: cada hora, el pitido y el anuncio se amplificaban por medio de altavoces en cada Comuna Popular, escuela, campamento militar y complejo residencial.

Pero detrás de esa constancia, el tiempo es tan intrusivo como escurridizo. No nos deja solos ni siquiera en nuestros momentos más privados. En cada pensamiento y sentimiento acerca de la vida, el tiempo reclama un espacio. Cuando hablamos de

indecisión es que no estamos dispuestos a desprendernos de un presente. Cuando hablamos de seguir adelante —qué frase triunfante— estamos eliminando el pasado. Y si una busca amabilidad por parte del tiempo, este se nos escapa burlón o, peor aún, indiferente. Cuántos de nosotros les hemos dicho esto a los demás o a nosotros mismos: si solo tuviese un poco más de tiempo...

7

Una oculta algo por dos razones: para protegerlo o porque nos avergüenza. Y no siempre se da el caso de que las dos posibilidades se pueden separar. Si mi relación con el tiempo es difícil, si el tiempo es intrusivo y escurridizo, ¿será que simplemente me estoy escondiendo del tiempo?

Yo solía escribir desde la medianoche hasta las cuatro de la mañana. En ese entonces tenía hijos pequeños, varios empleos (pasaba de trabajar con ratones a trabajar con tejidos de cadáveres a dar clases de escritura), y la ambición de mantener la escritura separada de mi vida *real*. Mientras la mayoría de la gente atravesaba la noche transportada por el sueño, sin noción del tiempo, sin noción del clima, yo experimentaba el lujo de estar viviendo en el umbral de la realidad.

Para esos durmientes, la noche era un resguardo contra el tiempo. Yo quería creer que para mí era algo incluso mejor. De noche yo poseía el tiempo, y no al revés.

8

Cuando visité Pekín en 2008 vino a verme una amiga. Hablamos sobre sus inversiones inmobiliarias y sobre nuestros antiguos compañeros de escuela. Media hora después de irse del apartamento de mis padres, llamó por teléfono. No había querido

mencionarlo en persona, pero un chico que había sido mi amigo en la adolescencia se había suicidado junto con su amante.

Mi primera reacción fue el asombro: me sorprendió que ella hubiese esperado a estar fuera de mi vista para contármelo. Mi siguiente reacción fue también el asombro, como si yo siempre hubiese estado esperando esa noticia.

Nuestro amigo muerto había tenido un *affaire*, y tanto él como la mujer habían pasado por divorcios difíciles solo para terminar excluidos por adúlteros.

Habría sido mejor si se hubiese ido a Estados Unidos, dijo mi amiga.

¿Por qué?, le pregunté. En la universidad ya le iba bien como diseñador autodidacta. Muchas veces en sus cartas incluía recortes de publicidades en periódicos y revistas: marcas de ropa, pastillas de menta importadas, prendas de cachemir. Era alguien que habría tenido una buena vida en la economía en desarrollo del país.

Mi amiga suspiró. Eres la única persona menos práctica que él, dijo. Tú deberías saber que este no es un país para soñadores.

Mi amistad con el chico existía en gran medida a través de las cartas. Era una época diferente: los pensamientos y los sentimientos viajaban por correo, la urgencia era transportada por telegramas. Mi familia no tuvo teléfono hasta que yo entré a la universidad y el correo electrónico llegó mucho después, cuando ya vivía en Estados Unidos. Todavía recuerdo los días en que el ruido de una moto perturbaba la noche más tranquila: solo un telegrama que anunciaba la muerte o su inminencia podía permitirse tal intrusión. Las cartas, en especial las que tenían muchos sellos, cargaban el peso de la amistad.

Recuerdo solo algunas cosas de esas cartas: que estaba enamorado de la chica que se sentaba a su lado en clase y una

sátira política chejoviana que escribió, en la que participaban Gorbachov y un general de Alemania Oriental en la que se disparaba una pistola en el tercer acto (era 1988, el comunismo todavía controlaba parte de Europa). Ese fue también el año en que nos vimos por última vez.

Lo que sí recuerdo es que antes de que encontrara una salida para su obsesión artística enviando esas publicidades de prosperidad, había soñado, diseñado y nombrado innumerables modelos de coches y también una colección azarosa de pistolas, rifles, naves espaciales y electrodomésticos junto con gráficos abstractos. Todos estaban meticulosamente dibujados, a veces tenían cinco o seis bocetos, y sus detalles solían llenarme de admiración e impaciencia.

Tal vez cuando digo que esperaba su suicidio sea solo la memoria que viaja hacia atrás para revisarse a sí misma. No hay razón para que un chico artístico y sensible no pueda convertirse en un hombre feliz. No sé cómo y en qué punto salieron mal las cosas, aunque ya en la adolescencia detecté su desánimo cuando la puesta en escena de su obra le valió abucheos en la escuela y una exposición especial de sus diseños de coches lo alejó de sus compañeros de clase. Era el tipo de persona que necesita de los demás para sentir su existencia.

9

Que soy una soñadora es lo último que quiero que me digan, en China o en Estados Unidos. No hay duda de que en Pekín, cuando mi amiga usó esa palabra, estaba pensando en cualidades como la persistencia, la decisión, la voluntad y —en particular— el idealismo que debe haber visto en mí. Aun así, que una tenga una personalidad soñadora y que tenga sueños no garantiza que sepa cómo soñar.

La mujer de New Hampshire y yo, y muchos más como nosotras, llegamos a este país con la misma meta: hacer aquí una nueva vida. No lo llamaría un sueño, ni siquiera una ambición. Ella había seguido el camino de la ciencia y tenía un trabajo estable en una compañía biomédica. Yo me había apartado un poco, había elegido una profesión que hace menos viable el poder ocultarse, si es que de verdad soy una persona que tiene el hábito de hacerlo.

No me pregunto qué habría sido de mi vida si me hubiese quedado en China: no irme nunca fue una opción. Todo lo que hice durante una década tenía incrustado un después muy concreto. El día en que llegara a Estados Unidos me convertiría en una nueva persona.

Pero existe la posibilidad de que nunca me hubiese dedicado a escribir. ¿Habría sido diferente si hubiese seguido siendo científica? ¿Más tranquila, menos perturbada, más sensible? ¿Habría dejado de ocultarme o habría aprendido a hacerlo mejor?

10

Unos meses antes del suicidio de mi amigo, él me había encontrado por Internet. En su correo electrónico me contó su divorcio y yo le conté que había dejado la ciencia para dedicarme a escribir. Él me respondió: “Te felicito. Siempre fuiste una soñadora, pero Estados Unidos hizo realidad tu sueño”.

Una vez en un evento alguien me describió como un ejemplo del Sueño Americano. Sin duda yo también hice eso, me puse en un póster de *antes y después*. Sin embargo, la transformación es tan superficial y engañosa como un anuncio en la parte trasera de un autobús.

El tiempo dirá, dice la gente, como si el tiempo tuviese siempre la última palabra. Tal vez solo me estoy escondiendo

del tiempo, como me he estado escondiendo de aquellos que buscan el poder de esgrimir la última palabra sobre los demás.

11

Me habría gustado que me dijeran soñadora si hubiese sabido cómo soñar. Entiendo que la sensación de ser una impostora ocurre de modo natural, y no confío en la gente que no se siente así de vez en cuando. No me importaría que me tomaran por muchas cosas que no soy: una persona tímida, una persona alegre, una persona fría. Pero no quiero que me digan soñadora cuando estoy lejos de ser una verdadera soñadora.

12

Lo que admiro y respeto en una persona soñadora: la confianza en sus capacidades, la inmunidad a lo frívolo y la fe en el triunfo y la perseverancia de lo bueno y lo real. No hay nada egoísta, deslumbrante o absurdo acerca de los soñadores: en la vida cotidiana suelen pasar desapercibidos y no destacar, aunque no se están ocultando. Un soñador verdadero tiene una confianza mutua en el tiempo.

Aparte de sentirme poco calificada para que me consideren una soñadora, quizá también me preocupa que me confundan con una de esas personas que se llaman a sí mismas soñadoras pero son simplemente ambiciosas. Solemos encontrarnos muchas veces con gente así a lo largo de la vida: sus ambiciones son más pequeñas que los sueños, más comunes, necesitan difusión y dependen del reconocimiento de esta época en particular. Si les causan dolor a los demás no tienen problema en condonar esos daños como el precio a pagar por cumplir sus sueños. Hacer las cosas en el momento oportuno

quizá sea algo que separa a la ambición de los sueños verdaderos.

13

La mujer de New Hampshire no era ni una soñadora ni una persona ambiciosa. Esperaba tener una vida sólida y tranquila en un suburbio estadounidense, pero la soledad debe haber convertido su vida en un desierto.

Mi amigo muerto de Pekín era ambicioso porque conocía sus talentos; también tenía sueños. Yo debo haber formado parte de ellos alguna vez, o ¿por qué me habría escrito si no para buscar amistad con otro soñador?

14

Llegué a este país como aspirante a inmunóloga. Había elegido ese campo —sin contar los motivos prácticos de tener una razón para salir de China— porque me gustaba el concepto del sistema inmune. Su trabajo es detectar y atacar eso ajeno al propio ser; tiene recuerdos, algunos tan duraderos como la vida, y estos pueden arruinarse de forma selectiva, o peor, indiscriminada, haciendo que el sistema confunda su ser con algo externo, con algo que debe ser eliminado. La palabra inmune (del latín *immunis*, *in-* + *munia*, servicios, obligaciones) es una de mis favoritas de la lengua inglesa, la posesión de la inmunidad —a las enfermedades, a las tonterías, al amor, a la soledad, a los pensamientos perturbadores y a los dolores que no se aplacan— es un rasgo que he deseado para mis personajes y para mí misma, al mismo tiempo que he entendido la futilidad de ese deseo. Solo lo que no está vivo puede ser inmune a la vida.

15

La intuición es volvernó inmunes a los que confirman nuestras propias creencias acerca de la vida y también a los que convierten esas creencias en nada. Estos últimos son los predadores naturales de nuestros corazones; los primeros se convierten en enemigos porque, a diferencia de las demás especies, somos capaces no solo de agrandar sino también de menospreciar eso tan precario: lo que somos en lo más profundo.

16

Cuando empecé a escribir esto tenía la sensación de que sería una manera de probar —de analizar— algunos pensamientos acerca del tiempo. Incluso tenía la visión de un después en el que mi confusión se resolvería.

En la ciencia, los análisis son parte de una exploración sin fin. Una pregunta lleva a otra y lo que sigue confirma o desmiente lo que está antes. Analizar las propias ideas sobre el tiempo mientras el tiempo no deja de ser inquieto y evasivo me parece inútil. Justo cuando estamos a punto de entender una faceta del tiempo, este nos presenta otra que socava nuestro razonamiento.

Escribir sobre una lucha en medio de la lucha: solo nos queda esperar a que este embrollo algún día termine.

17

Pero, ¿qué más quieres? Tienes una familia, una profesión, una casa, un coche, amigos y un lugar en el mundo. ¿Por qué no puedes ser feliz? ¿Por qué no puedes ser fuerte? Esas preguntas las hace, entre otros, mi madre.

En el segundo hospital donde estuve, había una espléndida trabajadora de la salud mental que venía siempre con el pintalabios perfecto, el pelo brillante y rizado, blusas coloridas y zapatos haciendo juego.

Jovencita, decía cada vez que me veía, no pierdas esa sonrisa.

Me caía bien, y me siguió cayendo bien incluso después de que cuestionara mi vida espiritual. Me daba cuenta de que el estado impío de mi alma les preocupaba, y que mi docilidad me convertía en un buen proyecto. No la escuches, viene de un entorno evangélico, me decía mi compañera de cuarto, budista y negra. No la escucho, le aseguraba yo a mi compañera; no me molestaba que me sermonearan.

Entonces, una vez, tuve un día difícil. En la cena, la mujer majestuosa me preguntó:

Jovencita, ¿por qué llorabas hoy?

Estoy triste, dije.

Sabemos que estás triste. Lo que quiero saber es qué te pone triste.

¿No me pueden dejar en paz con mi tristeza?, dije. Las mujeres sentadas a la mesa sonrieron mirando sus platos. La chica buena estaba haciendo un berrinche.

18

¿Qué te pone triste? ¿Qué te hace enfadar? ¿Qué te hace olvidar las cosas buenas de tu vida y tu responsabilidad hacia los demás? Una se esconde de las personas que hacen esas preguntas sin respuesta solo para hacérselas una misma, una y otra vez.

Sé que no te gusta que te pregunten qué te trajo aquí, me dijo mi compañera de cuarto, pero ¿podrías describir cómo te sientes?

No tengo palabras para decir cómo me siento.

Tuve varias compañeras —otra puerta giratoria—, pero me caía bien la última. Criada en una familia afroamericana de clase media, era la única de sus hermanos que había sido adoptada. Se casó por amor, y el día de su boda se dio cuenta de que acababa de cometer el error más grande de su vida. Durante todo el primer baile no me miró ni una vez, dijo; miró a todos los invitados a la cara para asegurarse de que supieran que era su *show*.

Cuando me contó esa historia, su marido estaba postrado y ciego a causa de la diabetes. Ella lo cuidaba junto con una enfermera. Miraban TCM porque él se acordaba de los diálogos de las películas viejas. Aun así, ella decía que estaba enfadada porque todo en su vida tenía que ver con él.

¿Alguna vez pensaste en dejarlo?, le pregunté.

Dijo que varias veces durante el matrimonio, pero que no iba a hacerlo. No quiero que mis hijos crezcan pensando que se puede abandonar a un hombre en ese estado, dijo.

Sin embargo, había intentado suicidarse: un intento de abandonar tanto a su marido como a sus hijos. Pero no se lo dije porque era exactamente lo que muchos dirían en una situación como esa. Hay que tener un yo muy sólido para ser egoísta.

19

Hay un vacío en mí. Ni todas las cosas del mundo alcanzan para ahogar la voz de ese vacío que dice: No eres nada.

Ese vacío no reclama el pasado porque el pasado siempre está aquí. No tiene que reclamar el futuro porque lo bloquea. Es un dictador o el amigo más cercano que he tenido. Hay días en que lucho con él hasta que los dos caemos como animales heridos. Ahí es cuando me pregunto: ¿Y si cuando me libre de este vacío me vuelvo menos que nada? ¿Y si es el vacío lo que me sostiene?

Un día mi compañera dijo que había notado que yo me quedaba callada cuando me hablaba de budismo. No hablo de religión, puedes intentar meditar, por ejemplo, dijo.

No le expliqué que había leído textos budistas desde los doce hasta los veintitrés años. Durante mucho tiempo me brindaron las palabras de mayor consuelo. Las enseñanzas sobre la nada diluyeron la intensidad del vacío.

Mi padre me enseñó a meditar cuando yo tenía once años. Imagina un balde entre tus brazos abiertos, me dijo, y me pidió que oyera el goteo del agua en el balde, y, cuando estuviese lleno, el agua rebasando desde el fondo. “De lleno a vacío y de vacío a lleno”, subrayó las palabras en un libro. “La vida antes de nacer es un sueño, la vida después de la muerte es otro sueño. Lo que hay en el medio es solo un espejismo de los sueños”.

Mi padre es la persona más fatalista que conozco. Una vez admitió que no había sentido paz ni un solo día de su matrimonio y expresó su arrepentimiento por no habernos protegido a mí y a mi hermana de mi madre, que es la déspota de la familia, tan impredecible en su crueldad como en su vulnerabilidad.

Pero la verdad es que él trataba de inculcarnos ese fatalismo porque era nuestra única protección. Durante años he estado escondiéndome detrás de eso: ser adicta al fatalismo hace que parezca una persona tranquila, tal vez incluso feliz.

22

Durante un tiempo leí los cuadernos de Katherine Mansfield para distraerme. “Querida amiga, desde mi vida te escribo a tu vida”, anotó en una entrada. Lloré al leer esa línea. Me recuerda a ese chico de hace tantos años que no podía dejar de enviarme cartas con dibujos de sus sueños. También me recuerda por qué no quiero dejar de escribir. ¿Acaso los libros que una escribe —pasados, presentes y futuros— no intentan decir eso mismo?: *Querida amiga, desde mi vida te escribo a tu vida*. Qué largo es el camino entre una vida y otra, pero, ¿para qué escribir si no es por esa distancia? ¿Qué sentido tendría escribir si no existiera esa distancia, si fuera posible soltar las cosas, reemplazar cada antes por un después?

23

Ahora entiendo que no es el fatalismo lo que hace que una pierda las esperanzas. Es la rebelión contra el fatalismo, es querer recuperar el tiempo, quitárselo al fatalismo. Una persona fatalista no puede ser una soñadora, y eso es algo que todavía quiero llegar a ser.

24

“El tren se detuvo. Cuando un tren se detiene en medio del campo entre dos estaciones, es imposible no sacar la cabeza por la ventanilla para ver qué pasa”, escribió Mansfield al final de su vida. Eso es la inevitabilidad de la vida. El tren, por razones que nos resultan desconocidas, siempre se detiene entre un pasado y un futuro, y los dos hacen que este *ahora* parezca estar en ningún lugar. Pero es esa cualidad de no estar en ningún lugar lo

que hay que aprovechar. Miramos por la ventanilla: los arrozales y los campos de alfalfa son cosa del pasado, han sido reemplazados por viñedos y almendros. Hemos llegado hasta aquí; quizás sea razón suficiente para continuar el viaje.